

*La presente separata es la reproducción de un fragmento del cuaderno de notas de Clara Zetkin, gran dirigente del proletariado internacional. En él se refleja la preocupación hoy vigente de los comunistas revolucionarios porque la lucha por la liberación de la mujer haga parte de la lucha general del proletariado por su emancipación, apartándola de las desviaciones burguesas y pequeñoburguesas que conllevan a enfrentar a hombres y mujeres en lugar de unirlos en contra de las causas últimas de la opresión y explotación de la mujer: el capitalismo. Esta es la segunda entrega de cinco en total, recomendamos coleccionarlas, ya que ellas constituyen un punto de partida para la orientación del trabajo entre las masas de mujeres proletarias y campesinas.*

# La Emancipación de la Mujer

## Recuerdos Sobre Lenin

**(Fragmento del Cuaderno de Notas) Segunda Parte**

**Por Clara Zetkin**

La juventud necesita particularmente alegría vital y optimismo. Deporte saludable —gimnasia, natación, excursiones, ejercicios físicos de toda clase—, diversidad de inquietudes espirituales, estudio, análisis, investigación, ¡y todo ello, a poder ser, combinado! Todo esto da a la juventud más que las eternas conferencias y discusiones sobre los problemas sexuales y el llamado «goce de la vida». ¡Una mente sana en un cuerpo sano! Ni un monje, ni un Don Juan, pero tampoco un filisteo alemán como término medio. Usted conocerá tal vez al joven camarada XYZ. ¡Magnífico e inteligente muchacho! Temo que, a pesar de todo, no saldrá de él nada de provecho. De una historia amorosa cae en otra. Esto no sirve ni, para la lucha política ni para la revolución. Tampoco garantizo la firmeza y el temple en la lucha de aquellas mujeres cuyas veleidades amorosas se entrelazan con la política, y de aquellos hombres a quienes se les van los ojos tras cada falda y que se dejan enredar por cada mujercita joven. No, no, esto no concuerda con la revolución.

Lenin se puso de pie, golpeó con el puño en la mesa y dio unos cuantos pasos por la habitación.

— La revolución exige de las masas y de los individuos concentración interna y tensión de las fuerzas. No consiente estados orgiásticos como los que son habituales para los héroes y las heroínas decadentes de D'Annunzio. La incontinencia en la vida sexual es burguesa: es un signo de degeneración. El proletariado es una clase ascendente. No necesita de la embriaguez que le enerve o le excite. No necesita ni la embriaguez de la incontinencia sexual ni la embriaguez alcohólica. No piensa ni quiere olvidar la vileza, la putrefacción y la barbarie del capitalismo. Extrae los más fuertes estímulos para la lucha de la situación de su clase, del ideal comunista. Necesita claridad, claridad y una vez más claridad. Por eso, repito, no debe haber la menor debilidad, el menor despilfarro y agotamiento de fuerzas. El dominio de sí mismo y la autodisciplina no significan esclavitud; se necesitan igualmente en el amor. Pero perdóneme, Clara. Me he alejado mucho del punto de partida de nuestra conversación. ¿Por qué no me ha llamado usted al orden? La alarma me ha obligado a hablar de más. El futuro de nuestra juventud me inquieta profundamente. Es una parte de la revolución. Y si los fenómenos perniciosos de la sociedad burguesa comienzan a extenderse al mundo de la revolución, como las raíces ampliamente ramificadas de algunas malas hierbas, es mejor oponerse a esto a tiempo. Además, las cuestiones tratadas forman también parte del problema femenino.

Lenin hablaba con gran animación y fuerza persuasiva. Yo sentía que cada una de sus palabras brotaba del fondo de su alma: la expresión de su rostro así lo confirmaba. A veces, un enérgico movimien-

to de la mano subrayaba las ideas. Yo me asombraba de cómo Lenin dedicaba tanta atención para analizar, además de las cuestiones políticas de mayor trascendencia, los fenómenos aislados. Y no sólo los fenómenos de la Rusia Soviética, sino también los de los Estados capitalistas. Como magnífico marxista, consideraba lo aislado, en cualquier forma que se manifestase, en su conexión con lo grande, con el conjunto, apreciando lo que significaba para este conjunto. Su voluntad, la finalidad de su vida tendían por entero, inquebrantablemente, como una fuerza inexorable de la naturaleza, a acelerar la revolución, como obra de las masas. Apreciaba todo de acuerdo con la influencia que ello pudiera ejercer sobre las fuerzas conscientes y combativas de la revolución, tanto nacionales como internacionales, ya que siempre tenía ante sí la revolución proletaria mundial única e indivisible, tomando en consideración todas las particularidades de los distintos países, producto de la historia, y las diversas etapas de su desarrollo.

— ¡Cuánto lamento, camarada Lenin —exclamé—, que sus palabras no sean oídas por cientos, por miles de personas! Usted sabe que a mí no hay que convencerme. Pero ¡qué importante sería que escucharan su opinión los amigos y los enemigos!

Lenin se sonrió bonachonamente.

— Tal vez algún día pronuncie un discurso o escriba algo sobre estas cuestiones. Más tarde, ahora no. Ahora todo el tiempo y todas las energías deben concentrarse en otra cosa. Hay preocupaciones más importantes y más graves.

La lucha por mantener y fortalecer el Poder soviético está lejos de haberse terminado. Debemos esforzarnos por asimilar lo mejor posible el desenlace de la guerra con Polonia<sup>4</sup>. En el Sur está aún Wrangel. Es cierto que yo tengo la firme seguridad de que le ajustaremos las cuentas. Esto obligará a reflexionar a los imperialistas ingleses y franceses y a sus pequeños vasallos. Pero tenemos por delante todavía la parte más difícil de nuestra tarea: el restablecimiento de la economía. En el proceso del mismo adquirirán también importancia las cuestiones sexuales, las cuestiones del matrimonio y de la familia. Pero mientras tanto ustedes deben luchar, cuando y donde sea preciso. No deben permitir que estas cuestiones se traten de un modo no marxista y abonen el terreno para desviaciones y deformaciones desorganizadoras. Por fin ha llegado el momento de hablar del trabajo de usted.

Lenin miró al reloj.

— La mitad del tiempo de que dispongo —dijo— ha pasado ya. Me he extendido demasiado. Usted debe escribir unas tesis directri-

ces sobre el trabajo comunista entre las mujeres. Conozco su enfoque de principios y su experiencia práctica. Por eso nuestra conversación en torno a esta labor será breve. Veamos. ¿Cómo concibe usted estas tesis?

En pocas palabras le di a conocer lo que yo pensaba. Lenin asintió con la cabeza repetidas veces, sin interrumpirme. Cuando terminé, le miré en espera de su opinión.

— Está bien —dijo—. Además, sería bueno que presentase usted un informe sobre esto en una asamblea de mujeres militantes responsables del Partido y que se discutiese la cuestión. Es lamentable, muy lamentable que la camarada Inés no se encuentre aquí. Está enferma y ha marchado al Cáucaso. Después de la discusión, escriba usted las tesis. La comisión las examinará y el Comité Ejecutivo decidirá en definitiva. Yo expresaré mi opinión solamente sobre algunos puntos principales, en los que coincido por completo con usted. Me parecen también importantes para nuestro trabajo cotidiano de agitación y propaganda, ya que deseamos preparar acciones eficaces y combates victoriosos.

Las tesis deben subrayar con rigor que la verdadera emancipación de la mujer sólo es posible a través del comunismo. Es preciso esclarecer profundamente el nexo indisoluble entre la situación de la mujer como persona y miembro de la sociedad y la propiedad privada sobre los medios de producción. Así delimitaremos con toda precisión los campos entre nosotros y el movimiento burgués por la «emancipación de la mujer». Esto sentará también las bases para examinar el problema femenino como parte del problema social, obrero, y por tanto permitirá vincularlo firmemente con la lucha proletaria de clase y con la revolución. El movimiento comunista femenino debe ser un movimiento de masas, debe ser una parte del movimiento general de masas, no sólo del movimiento de los proletarios, sino de todos los explotados y oprimidos, de todas las víctimas del capitalismo. En esto consiste la importancia del movimiento femenino para la lucha de clase del proletariado y para su misión histórica creadora: la organización de la sociedad comunista. Podemos enorgullecernos con razón de que la flor y nata de las mujeres revolucionarias militan en nuestro Partido, en la Internacional Comunista. Pero esto no tiene todavía una importancia decisiva. Debemos atraer a millones de trabajadoras en la ciudad y en el campo a la participación en nuestra lucha, y en particular a la obra de la reestructuración comunista de la sociedad. Sin las mujeres no puede existir un verdadero movimiento de masas.

De nuestra concepción ideológica se desprenden asimismo medidas de organización. ¡Nada de organizaciones especiales de mujeres comunistas! La comunista es tan militante del Partido como lo es el comunista, con las mismas obligaciones y derechos. En esto no puede haber ninguna divergencia. Sin embargo, no debemos cerrar los ojos ante los hechos. El Partido debe contar con organismos — grupos de trabajo, comisiones, comités, secciones o como se decida denominarlas— cuya tarea especial consista en despertar a las amplias masas femeninas, vincularlas con el Partido y mantenerlas bajo la influencia de éste. Para ello, naturalmente, es necesario que desarrollemos plenamente, una labor sistemática entre estas masas femeninas. Debemos educar a las mujeres que hayamos conseguido sacar de la pasividad, debemos reclutarlas y armarlas para la lucha proletaria de clase bajo la dirección del Partido Comunista. No solo me refiero a las proletarias que trabajan en la fábrica o se afanan en el hogar, sino también a las campesinas, a las mujeres de distintas capas de la pequeña burguesía. Ellas también son víctimas del capitalismo y desde la guerra lo son más que nunca. Psicología apolítica, no social, atrasada, de estas masas femeninas; estrechez del campo de su actividad, todo su modo de vida: tales son los hechos. No prestar atención a esto sería inconcebible, completamente inconcebible. Necesitamos nuestros propios organismos para trabajar entre ellas, necesitamos métodos especiales de agitación y formas especiales de organización. No se trata de una defensa burguesa de los «derechos de la mujer», sino de los intereses prácticos de la revolución.

Le dije a Lenin que sus razonamientos constituían para mí un apoyo valioso. Muchos camaradas, muy buenos camaradas, se opo-

nían del modo más resuelto a que el Partido crease organismos especiales para una labor metódica entre las amplias masas femeninas. Llamaban a esto retorno a las tradiciones socialdemócratas, a la célebre «emancipación de la mujer». Trataban de demostrar que los partidos comunistas, al reconocer por principio y plenamente la igualdad de derechos de la mujer, deben desarrollar su labor entre las masas trabajadoras sin diferencias de ninguna especie. La manera de trabajar entre las mujeres debe ser la misma que entre los hombres. Todo intento de tener en cuenta en la agitación o en la organización las circunstancias indicadas por Lenin es considerado por los defensores de la opinión opuesta como oportunismo, como traición y renuncia a los principios.

— Esto ni es nuevo ni sirve en modo alguno como prueba — replicó Lenin—. No se deje usted desorientar. ¿Por qué en ninguna parte, ni siquiera en la Rusia Soviética, no militan en el Partido tantas mujeres como hombres? ¿Por qué el número de obreras organizadas en los sindicatos es tan reducido? Estos hechos obligan a reflexionar. La negación de la necesidad de organismos especiales para nuestro trabajo entre las extensas masas femeninas es una de las manifestaciones de una posición muy de principios y muy radical de nuestros «queridos amigos» del Partido Obrero Comunista<sup>5</sup>. Según ellos, debe existir una sola forma de organización: la Unión obrera. Ya lo sé. Muchas cabezas de mentalidad revolucionaria, pero embrolladas, se remiten a los principios cuando no ven la realidad, es decir, cuando la inteligencia se niega a apreciar los hechos concretos en los que se debe parar la atención. ¿Cómo hacen frente estos mantenedores de la «pureza de principios» a las necesidades que nos impone el desarrollo histórico en nuestra política revolucionaria?

Todos estos razonamientos se vienen abajo ante una necesidad inexorable: sin millones de mujeres no podemos realizar la dictadura proletaria, sin ellas no podemos llevar a cabo la edificación comunista. Debemos encontrar el camino que nos conduzca hasta ellas, debemos estudiar mucho, probar muchos métodos para encontrarlo.

Por eso es totalmente justo que presentemos reivindicaciones en favor de la mujer. Esto no es un programa mínimo, no es un programa de reformas en el espíritu socialdemócrata, en el espíritu de la II Internacional<sup>6</sup>. Esto no es el reconocimiento de que creamos en la eternidad o al menos en una existencia prolongada de la burguesía y de su Estado. Tampoco es un intento de apaciguar a las masas femeninas con reformas y desviarlas de la lucha revolucionaria. Esto nada tiene de común con las supercherías reformistas. Nuestras reivindicaciones se desprenden prácticamente de la tremenda miseria y de las vergonzosas humillaciones que sufre la mujer, débil y desamparada bajo el régimen burgués. Con esto testimoniamos que conocemos estas necesidades, que comprendemos igualmente la opresión de la mujer, que comprendemos la situación privilegiada del hombre y odiamos —sí, odiamos— y queremos eliminar todo lo que oprime y atormenta a la obrera, a la mujer del obrero, a la campesina, a la mujer del hombre sencillo e incluso, en muchos aspectos, a la mujer de la clase acomodada. Los derechos y las medidas sociales que exigimos de la sociedad burguesa para la mujer, son una prueba de que comprendemos la situación y los intereses de la mujer y de que bajo la dictadura proletaria las tendremos en cuenta. Naturalmente, no con adormecedoras medidas de tutela; no, naturalmente que no, sino como revolucionarios que llaman a la mujer a trabajar en pie de igualdad por la transformación de la economía y de la superestructura ideológica.

[Continúa en el próximo número]

Notas:

4 Se alude a la guerra de la Polonia burguesa-terrateniendo contra la República Soviética, que duró desde abril hasta octubre de 1920.

5 Partido Obrero Comunista de Alemania: Grupo pequeñoburgués anarcosindicalista, formado en 1919 a base de elementos de "izquierda" que se habían separado del Partido Comunista de Alemania.

6 II Internacional: Organización internacional de los partidos obreros fundada en 1889. Al estallar la guerra imperialista mundial, los líderes de la II Internacional traicionaron la causa del socialismo y se colocaron al lado de sus gobiernos imperialistas.